

CAPÍTULO SEGUNDO: DIOS AL ENCUENTRO DEL HOMBRE

ARTÍCULO 3: LA SAGRADA ESCRITURA

III EL ESPÍRITU SANTO, INTÉRPRETE DE LA ESCRITURA II

Puntos (111-114)

Proseguimos el comentario del Catecismo de la Iglesia. Queremos hacer la segunda parte del apartado que tiene como título: El Espíritu Santo intérprete de la Sagrada Escritura. Queremos explicar los puntos que restan a partir del 111 y así concluimos este apartado.

111 “Pero, dado que la Sagrada Escritura es inspirada, hay otro principio de la recta interpretación, no menos importante que el precedente, y sin el cual la Escritura sería letra muerta: “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita”.

El concilio vaticano II señala *tres criterios* para una interpretación de la Escritura conforme al Espíritu que la inspiró:

Luego se van a describir los siguientes puntos. Los puntos anteriores nos dicen que el autor principal de la Sagrada Escritura es el Espíritu Santo, que es quien la ha inspirado a través de los autores sagrados. Los autores sagrados tenían sus estilos personales, sus condicionamientos culturales, los géneros literarios en la manera de expresar las cosas, pero, en medio de esas mediaciones el Espíritu Santo es el autor de la Sagrada Escritura.

Cómo decimos que es inspirada? La Sagrada Escritura es inspirada en cuanto el Espíritu Santo ha garantizado, que los contenidos de esa Escritura están sostenidos por la acción del Espíritu Santo. No en el sentido de que el Espíritu Santo haya utilizado al autor de una manera mecánica, como si el autor escribiese al dictado, no, el autor tiene su propio estilo que no queda anulado por la acción del Espíritu Santo, pero sí la inspiración: preserva de error, nos garantiza que sea una Palabra en la que la Revelación de Dios quede expresada y en ese sentido la llamamos Palabra inspirada.

Aquí se da otra afirmación importante. La acción del Espíritu Santo no se limita a ese proceso de poner por escrito la Palabra de Dios, sino a la confiabilidad, de manera que se compromete a que esa Palabra de Dios sea veraz, sea fiel, no contenga errores. El Espíritu Santo, además de intervenir en esa acción de inspirar la Palabra, también quiere intervenir y debe de intervenir (si le dejamos y si no se lo impedimos), debe intervenir en la lectura, en la recepción, en la acogida correcta de esa Palabra de Dios.

Dei Verbum, capítulo 12: “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita”. Si fue inspirada la Escritura por el Espíritu Santo para escribirse también tenemos que ser nosotros inspirados para leerla y es verdad que no es en el mismo sentido. El escritor sagrado ha tenido una inspiración muy especial que también le ha garantizado de la posibilidad de cometer errores y a preservado esa posibilidad de cometer errores. Nosotros, a título

individual, tenemos que pedir la inspiración del Espíritu Santo para leer e interpretar adecuadamente, pero a título individual no estamos preservados de error.

La Iglesia en su conjunto, como la comunidad en cuya la Tradición se ha escrito la Palabra de Dios, sí está preservada de error en la interpretación de la Palabra de Dios. Nosotros a título individual, no estamos preservados de error, pero no quiere decir que no tengamos ningún nivel de asistencia del Espíritu Santo, tenemos esa asistencia del Espíritu que debemos de invocarla para no confundir lo que es la inspiración de Dios con mis ideologías personales, con mis sensibilidades personales.

No es lo mismo inspiración de Dios que ocurrencias personales. Cuando tenemos poca vida espiritual y una falta de con naturalidad con el Espíritu Santo, es muy fácil que confundamos inspiración de Dios con mis ocurrencias personales. Incluso tenemos el riesgo de intentar bautizar nuestras ocurrencias personales con que Dios me ha inspirado, eso es un peligro, como cuando alguien pretende recurrir a la Palabra de Dios para justificar sus ocurrencias e ideologías y busca un texto de la Palabra de Dios en el que se sienta respaldado. Tenemos que estar, por lo tanto, siempre vigilantes y abiertos a la corrección de la Iglesia, para que, bajo excusa de inspiración, no estemos haciendo de la Sagrada Escritura “de la capa un sayo”.

Al margen de los peligros que existan, aquí la afirmación es muy importante. La Escritura necesita del Espíritu Santo, no solo para ser escrita, también lo necesita para ser leída. Por ejemplo, imaginemos un intelectual que ha podido estudiar las Escrituras, que incluso ha hecho la carrera de Escritura, que es una carrera que es de las más duras porque supone un aprendizaje de materias muy técnicas en los idiomas semíticos, el estudio de la exégesis, versículo por versículo, es una carrera muy compleja. Puede ocurrir y de hecho ocurre que alguna persona puede estudiar la Escritura de una manera en la que no lo hace iluminada por la fe sino meramente por el tecnicismo, o que pierda la fe. Quizá sabe de exégesis más que nadie, en el sentido de que ha leído libros sobre cómo interpretar tal palabra griega, tal expresión del antiguo testamento, qué paralelismos tiene con la literatura de su tiempo y un montón de tecnicismos. Es posible que pueda haber personas que tengan un conocimiento intelectual muy exacto de las cuestiones escriturísticas, pero sin embargo les falta el Espíritu Santo para interpretarla bien. Es una persona que le falta la fe, aunque técnicamente tenga un conocimiento exacto de los versículos y de sus paralelismos, no puede interpretar bien la Sagrada Escritura.

Otro ejemplo imaginémonos alguien que tiene fe personal, pero tiene el peligro de ser un francotirador. Es alguien que pretende interpretar la Sagrada Escritura, desde un principio de fe pero un principio de fe muy individual, no en la comunión de la familia de la Iglesia. Entonces tampoco puede interpretar desde ese principio, no puede tener la asistencia necesaria del Espíritu Santo para interpretar bien la Sagrada Escritura; porque está demasiado aislado, porque es un francotirador, porque así el Señor no ha querido garantizar la asistencia del Espíritu.

Otro ejemplo más, imaginémosnos un escritorista que tiene una buena preparación intelectual, tiene fe y además tiene aperturas a la Iglesia, al Magisterio de la Iglesia; pero no tiene la santidad necesaria, la santidad suficiente. No tiene la búsqueda de la conversión, no es humilde, no hace una exégesis arrodillada. La teología arrodillada o exégesis arrodillada es una palabra que Von Balthasar, -teólogo suizo- habló de ella, habló de la importancia de la teología arrodillada, contrapuesta a la teología especulativa. La teología especulativa tiene el peligro de secar el Espíritu de los lectores. Es un hecho de que hasta el siglo XII o XIII todos los teólogos, todos los escrituristas eran santos, están canonizados, era casi sinónimo ponerse a estudiar la Sagrada Escritura y casi ser santo. A la partir de esa fecha, a partir del tiempo de los nominalismos, siglo XII y XIII, comienzan a abundar los profesionales de la erudición teológica, que lejos de acompañar sus estudios con una vida santa, polemizan sobre cuestiones banales, de allí viene lo de discutir sobre el sexo de los ángeles, como hablar y discutir sobre cuestiones que en el fondo estás investigando no por ser más santo, sino por ver si yo soy el pionero en decir algo nuevo que no se ha dicho antes y cuando entramos ya así, mal asunto. En vez de acompañar los estudios con una vida santa, hablamos y escribimos sin elevar el Espíritu de quien estudia y sin elevar el Espíritu de quienes escuchan. O sea que también puede ocurrir, que por falta de santidad y por falta de deseo de santidad y de conversión no tengamos la asistencia suficiente del Espíritu Santo para interpretar bien la Sagrada Escritura.

En alguna ocasión Benedicto XVI ha dicho que los mejores intérpretes de la Sagrada Escritura son los santos. Que igual saben mucha menos exégesis, que igual no han estudiado ni arameo, ni griego pero son los mejores intérpretes de la Sagrada Escritura.

Repito la frase que estamos comentando: “La Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita”. Tenemos que pedir al Espíritu Santo y estar muy abiertos a él para leer bien la Sagrada Escritura.

Por ejemplo, un detalle. Cuando vamos a confesarnos, tenemos la tradición de invocar a la Virgen María: “Ave María Purísima”, es una costumbre muy hispana, invocar a la Virgen María en el momento que vamos a celebrar el Sacramento de la Penitencia a La que no tuvo pecado, es invocada, para que sepamos confesarnos bien y abrir nuestro corazón al arrepentimiento. Que bueno sería que también invocáramos a María, Aquella que acogió la Palabra, Aquella que era la creatura más dócil al Espíritu Santo mejor pudo acoger la Palabra de Dios. Igual que decimos “Ave María Purísima” sería muy bueno que dijésemos “Ave Virgo audienc, salve”, “Madre que escuchas, Virgen que escuchas la Palabra” dije oyente de la Palabra, Tú que eres dócil al Espíritu Santo para acoger la Palabra, te invocamos a Ti también en este momento. Que bueno sería que nos santiguásemos al leer la Palabra de Dios: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y especialmente invocamos al Espíritu Santo al que ha inspirado estas palabras para que seamos capaces de escucharlas en la misma clave en la que fueron escritas. Familiaridad con el Espíritu Santo para leer la Escritura. No solamente invocarla sino pedir docilidad a la acción del Espíritu Santo, saber que tenemos que convertirnos, ser dóciles a la acción del Espíritu para interpretar bien la Sagrada Escritura.

El punto 111 concluye diciendo. **El Concilio Vaticano II señala tres criterios para una interpretación de la Escritura conforme al Espíritu que la inspiró:**

Hemos dicho que tenemos que pedir el don del Espíritu Santo para interpretar bien la Palabra que ese mismo Espíritu Santo inspiró. Hay tres 3 criterios para tener en cuenta, para que seamos más dóciles a la acción del Espíritu.

112 1. Prestar una gran atención «al contenido y a la unidad de toda la Escritura». En efecto, por muy diferentes que sean los libros que la componen, la Escritura es una en razón de la unidad del diseño de Dios, del que Cristo Jesús es el centro y el corazón, abierto desde su Pascua.

Tras decir que es muy importante interpretar la Sagrada Escritura, no como un cúmulo de citas que a veces por ejemplo, uno observa que hay algunas personas que se acercan como si fuese la Escritura un vademécum de citas. Voy a hablar contigo de algunas cuestiones y te saco una cita, y para rebatirte te saco 3 citas y son 3 citas que están cogidas algunas bien y otras ni por dónde, porque se ha forzado el coger esa cita para argumentar. No se puede interpretar correctamente la Sagrada Escritura bajo esta perspectiva de hacer de ella como una especie de vademécum de citas.

Como cuando existen libros muy bonitos, de pensamientos y frases célebres, eso está muy bien pero la Biblia no es eso, la Biblia no es un conjunto de pensamientos bonitos. Si no que toda ella tiene una unidad porque el Espíritu Santo está habitando en toda ella. No se trata de que sea yo el que cogiendo una especie de vademécum de citas, yo seleccione las que más me convengan y haga un discurso en el que mi espíritu personal sea el que se exprese, entonces es mi espíritu, mi sensibilidad la que se sirve de las citas de la Sagrada Escritura, eso no puede ser así.

Tenemos que descubrir el hilo conductor de la Sagrada Escritura, la unidad interna de la Sagrada Escritura que el propio Espíritu Santo ha ido trazando. Cómo se hace? Por ejemplo con la liturgia. La propia liturgia nos da ese hilo conductor la propia Escritura, por ejemplo a la hora de elegir un Evangelio en concordancia con un texto del antiguo testamento, etcétera, nos va dando ese hilo conductor de la Sagrada Escritura. La liturgia nos ayuda muchísimo a interpretar esa unidad de la Escritura. O la lectura que han hecho los santos, los Padres de la Iglesia, las propias interpretaciones que ha hecho el Magisterio de textos bíblico; todo ello nos da esa unidad.

Lo importante es darnos cuenta de que el corazón de la Sagrada Escritura, es el corazón de Cristo, es Cristo mismo, desde Jesucristo interpretamos todo. Aquí se nos refiere el pasaje famoso de los discípulos de Emaús, Lucas 24, 25-27: *Entonces él les dijo: “¡Que necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrar así en su gloria?” Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.* Algún escritorista le he escuchado decir: ¡Qué pena de grabadora! que le hubiésemos grabado allí esa catequesis que hizo Jesús a los

discípulos de Emaús en la que les explicaba como en todo el antiguo testamento, todo profetizando, se estaba refiriendo a Jesús. Fijaros que no nos hace falta esa grabadora, porque la predicación de la Iglesia, porque la liturgia, porque los santos Padres, la vida de los santos, en la lectura que hemos hecho de la Sagrada Escritura, ahí tenemos esa propia interpretación hecha bajo la luz del Espíritu Santo.

Y finalmente termina el versículo 44-46: *Y les dijo: “Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros, que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí”. Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: “Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día. Y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos...”*. Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras, esto es lo que nosotros pedimos en la lectura de la Escritura, leída dentro de la Iglesia, no al margen de ella. Por lo tanto, darnos cuenta de que Jesucristo, después de su Resurrección y de su Ascensión a los cielos, ha abierto el corazón para que la lectura de la Escritura sea viva, para que sea su propio Espíritu Santo el que nos enseña a entenderla y nos dimos cuenta de que en la Escritura y al igual que les pasó a los discípulos de Emaús, la vemos como un libro abierto, no como un libro que está cerrado. Estaba cerrada la Escritura de alguna manera, hasta la glorificación de Jesucristo hasta el envío del Espíritu Santo. Pero el Espíritu Santo hace que la Escritura sea un libro abierto no un libro cerrado. Por eso hay almas santas, y lo vuelvo a decir que es al margen de la cultura que tengan, hay almas santas que interpretan la Escritura con una profundidad increíble porque están abiertas al Espíritu Santo.

Este punto del catecismo que continua con esta imagen del corazón abierto de Jesús que nos enseña la Escritura.

112 continuación. «El corazón de Cristo designa la Sagrada Escritura que hace conocer el corazón de Cristo. Este corazón estaba cerrado antes de la Pasión porque la Escritura era oscura. Pero la Escritura fue abierta después de la Pasión, porque los que en adelante tienen inteligencia de ella consideran y disciernen de qué manera deben ser interpretadas las profecías»

También es una evocación del texto de San Juan en el que el centurión atraviesa con la lanza al corazón de Cristo, al costado de Cristo. Dice: *Y al punto salió sangre y agua*. Signo también del Espíritu Santo, que por cierto, creo que en alguna ocasión lo he dicho, es curioso que eso lo cuenta San Juan, en los evangelios sinópticos de Marcos, Lucas y Mateo no se cuenta ese episodio del costado traspasado por la lanza. Y en vez de ese episodio se coloca otro que San Juan no cuenta. Es como el paralelo de éste, que en el momento de morir Jesús, el velo del templo se rasgó. El velo del templo es el que tapaba, como una sábana, que tapaba el Sancta Sanctorum en el templo de Jerusalén, en el que se decía que habitaba la gloria de Dios. Se rasgó el velo del templo como signo de que lo que permanecía oculto del secreto de Dios se ha desvelado, se ha descubierto, Dios ya no tiene secretos para nosotros, se ha rasgado el velo del templo. Esa

imagen está en San Juan perfectamente recogida en la lanza que traspasa el corazón de Cristo y ahora Jesús puede decirnos: “A vosotros no os llamo ya ciervos, os llamo amigos porque todo lo que le he oído a mi Padre os lo he comunicado a vosotros”.

Por lo tanto el corazón abierto de Cristo es imagen de la efusión del Espíritu Santo que nos ayuda a interpretar la Escritura. Tenemos que interpretar la Escritura desde la clave del corazón abierto de Cristo. Un ejemplo, imaginémosnos en una familia, un adolescente que esta en un estado de rebeldía porque todo lo que sus padres le dicen lo interpreta mal y piensa que lo dicen por fastidiarle, piensa que lo dicen por quitarle libertad porque no se fían de él, porque no se qué, porque no se cuántos, la típica situación del adolescente que interpreta mal todo. ¿Por qué? Porque todavía no se ha abierto, en su adolescencia, en su rebeldía, le falta por abrirse una clave. Cuando le pase esa edad del pavo, esa edad tonta, esa edad de la rebeldía y descubra que hay una clave que es la clave del amor de sus padres, la clave del amor responsable de sus padres. Y cuando él descubre esa clave, se da cuenta de que todo lo que ha recibido en el seno de la familia era para su bien, de repente lo entiende todo, allí donde antes no entendía nada. El ejemplo lo pongo para que nos demos cuenta que puede ocurrir que alguien esté ciego sin entender bien las Escrituras, como les pasaba a los discípulos de Emaús que al llegar Cristo y abrirles la clave de su corazón, de repente ven luz donde antes todos lo veían oscuro.

En resumen. Primera cuestión, la Sagrada Escritura tiene que ser interpretada en su unidad sabiendo que es Jesucristo, el corazón de Cristo, el amor de Cristo, el amor de Cristo crucificado y resucitado, la clave de interpretación de todo. Por eso es muy complicado a veces hacer las explicaciones de algún pasaje del Antiguo Testamento desconectándolo de Jesucristo, sin ver en Cristo la cumbre de interpretación del Antiguo Testamento.

Continuamos con el punto 113, se nos había dicho anteriormente que hay tres criterios para esta interpretación de la Escritura conforme al Espíritu. El primero lo hemos explicado antes, es atender a la unidad de la Escritura, a la unidad que tiene en Cristo su culmen. Segundo criterio está en el punto 113.

113 2. Leer la Escritura en *«la Tradición viva de toda la Iglesia»*. Según un adagio de los Padres, *Sacra Scriptura pincipalius est in corde Ecclesiae quam in materialibus instrumentis scripta* («La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos»).

No hace mucho vi una película, yo creo que era una película de tradición protestante por lo que yo interpreté, que planteaba que había habido como una catástrofe nuclear, una guerra nuclear, en la que allí no había quedado nada en pie y había poquísimos supervivientes e intentaban dominar el mundo, etc. Se planteaba la hipótesis de que no hubiese quedado ninguna Biblia en el mundo. Mejor dicho, la película planteaba la hipótesis de que había una sola Biblia y entonces la tenía el protagonista de la película. Iban detrás de él, algunos queriendo quitarle ese libro porque entendían que el que tuviese ese libro podría dominar el mundo. Era una película de ficción,

obviamente. Y saqué la interpretación siguiente: era una película de tradición protestante en la que le daban una gran importancia a que quedase un ejemplar escrito por lo menos. Además al final resulta que el libro está escrito en Braille y había que salvarlo como sea. Fijaros que nosotros diríamos en nuestra Tradición Católica, en la hipótesis de que hubiese una catástrofe y todas las Biblias del mundo fuesen destruidas, sin embargo la Biblia continuaría viva en la vida de la Iglesia, en la Tradición de la Iglesia. Porque volvemos un poco lo que dijimos el otro día, que nosotros no somos la religión del libro, porque el libro no es una letra muerta que esta en papel, la Biblia vive en la vida de la Iglesia, por eso este adagio de los Padres: *La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos.*

Vamos a dar otra película de ficción. Imaginémonos otra catástrofe. Esto no va a ocurrir nunca porque tenemos la asistencia del Espíritu y la promesa de que la Iglesia nunca será destruida, que las puertas del infierno no podrán contra ella. Pero así como he puesto la hipótesis anterior, de que se destruyen todas las Biblias del mundo menos una, pongamos otra hipótesis -como digo no posible, pero bueno-. Imaginemos que las que existen muchas Biblias en el mundo pero que ha existido una matanza que ha matado a todos los cristianos del mundo. Todos los cristianos han sido asesinados y no se ha salvado ninguno, en ese sentido la Iglesia ha llegado a desaparecer porque no hay ni un solo cristiano en el mundo. Y eso sí, hay muchas Biblias, hay muchas pero la Iglesia ha desaparecido. Entonces podríamos decir que la Biblia ha desaparecido. Podríamos decir que la Biblia ha desaparecido porque si tenemos el libro, pero no tenemos la Iglesia: No hay Biblia.

He puesto dos hipótesis, ya sé que son absurdas. Dos hipótesis para entender este adagio de los Padres: *La Sagrada Escritura está más en el corazón de la Iglesia que en la materialidad de los libros escritos.*

113 continuación. En efecto, la Iglesia encierra en su Tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo le da la interpretación espiritual de la Escritura (...*secundum spiritualem sensum quem Spiritus donat Ecclesiae*).

Según el sentido espiritual que el Espíritu Santo da a la Iglesia. O sea el Espíritu Santo está asistiendo a la Iglesia, le está dando esa capacidad de lectura y de hacer vida la Palabra de Dios y de traducirla en experiencias concretas y de traducirla en la vida de los Santos, etcétera. Es como decir que la Escritura no sólo es semilla, sino que dentro de la Iglesia es semilla que ya ha germinado, aquí ya tiene planta, aquí ya tienen frutos. La Iglesia es como jardín en el que esa semilla de la Palabra ha florecido. Para enterarte de qué es la semilla, tienes que verla desarrollada. Te imaginas lo que sería, mira qué plantas tan hermosas, fijate qué semillas, oye yo con las semillas sólo no veo qué bonitas van a ser las flores, necesito ver esa semilla germinada. Otro ejemplo. La Biblia sin la Iglesia sería como semillas no florecidas. Con eso no disfruto plenamente, necesito verla germinada, verla hecha vida.

Por lo tanto, el primer criterio de interpretación correcto de la Escritura bajo la acción del Espíritu Santo era ver la Biblia en su conjunto, en su unidad e interpretarla desde Cristo resucitado. Segundo, interpretar la Biblia en la Tradición de la Iglesia, la Tradición viva de la Iglesia, es que la Biblia no es Palabra de Dios fuera de la Iglesia.

Y por último. Pasamos el punto 114 que explica el tercer criterio.

114. 3. Estar atento «a la analogía de la fe». Por «analogía de la fe» entendemos la cohesión de las verdades de la fe entre sí y en el proyecto total de la Revelación.

Esta es una frase tomada de Romanos 12,6 qué dice aquí: *“Teniendo dones diferentes según la gracia que se nos ha dado deben ejercerse así la profecía de acuerdo con la regla de la fe, el servicio dedicándose a servir, el que enseña aplicándose a la enseñanza, el que exhorta ocupándose de la exhortación, el que se dedica a distribuir los bienes hágalo con generosidad”*, etcétera. Fijaros que ha dicho: *“La profecía de acuerdo con la regla de la fe”*. Esta expresión de analogía de la fe tiene su origen en ese texto de Romanos 12,6 qué significa analogía de la fe, concordancia de la fe?

Esto fue escrito por San Pablo para exhortar a cierta gente muy carismática, muy profética, que tenían don de profecía, a qué no ejercitasen de carisma sin ningún tipo de control, a que no abusasen de él con una especie de entusiasmo exaltado. Como dije, oye no te pongas aquí a profetizar como que el Espíritu Santo a ti te está iluminando cosas sin someterte a la regla, a la concordancia de la fe, a la medida de la fe, a la analogía de la fe. Porque puede existir una tendencia un poco incontroladamente carismática que parece que no se somete a la regla de la fe y que es demasiado subjetiva. Según San Pablo es precisamente el don de la profecía que tiene que ser probado en su autenticidad por la regla de la fe, tiene que coincidir con la fe de la Iglesia lo que alguien profetiza. Cuando alguien se pone a decir cosas insensatas, por ejemplo el otro día estaba leyendo en no sé qué cadena, supuestamente cristiana, han anunciado que el fin del mundo es no sé qué día de mayo, que porque han hecho unos cálculos matemáticos de no sé qué versículos de la Biblia y todos han puesto paneles grandes por las calles en 64 naciones del mundo anunciando el fin del mundo. Pero eso de dónde lo han sacado? Esa supuesta revelación o profecía está fuera de la norma de la fe, está fuera de la analogía de la fe. La Sagrada Escritura dice que nadie sabe el día ni la hora. Si la Sagrada Escritura dice que nadie sabe el día ni la hora, cómo te pones tú hablar ahora de que no sé qué día de mayo va a ser el fin del mundo?

Por tanto San Pablo también vio en su tiempo el riesgo de ciertas tendencias deformadamente carismáticas o deformadamente proféticas con supuestas inspiraciones personales al margen de la regla de la fe, pues que no son de fiar. Éste es un primer sentido de que hay que interpretar la Escritura desde la analogía de la fe, desde la concordancia con la fe.

También se entiende este término *analogía de la fe* en otro sentido que es la relación entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. Tiene que ver con una concordancia entre promesa y cumplimiento. En el Antiguo Testamento se da la promesa y en el Nuevo Testamento se da el cumplimiento, el esbozo y la forma perfecta. En el Antiguo Testamento está esbozado y el Nuevo Testamento está cumplido.

También existe otra forma de entender esto de *analogía de la fe* o concordancia de la fe. Por ejemplo la importancia entre que se de una correspondencia entre nuestra experiencia humana y la experiencia espiritual, o la predicación de la Iglesia o la propia Palabra de Dios. Cuando alguien por ejemplo, va teniendo una sensación de unidad en su vida, al ver que las experiencias humanas que él tiene (la experiencia que tiene en el trabajo, en las amistades humanas, la experiencia en la vida, la salud y la enfermedad) cuando él ve que las experiencias humanas van haciendo una lectura de ellas que es conforme y concorde con la analogía de la fe, va por buen camino.

Esa es la forma correcta de interpretar, cuando el libro de la vida va coincidiendo con el libro de la Biblia. Un signo de que se interpreta correctamente la Escritura es este, que hay una analogía en cómo yo veo, interpreto, leo la propia vida y lo que me acontece en la vida con lo que la Sagrada Escritura me expresa. No hay una disociación entre la Biblia, que dice unas cosas que no concuerdan para nada con la lección de la vida que me va transmitiendo, luego yo tengo que hacer una opción no creyente en contra de lo que la vida me indica. Eso es una mala señal.

Según uno va creciendo en madurez y en esa asistencia del Espíritu Santo, es el propio Espíritu Santo que ilumina la vida a la luz de la Escritura. Por ejemplo, nace un hijo y ese nacimiento del hijo, esa alegría humana, es al mismo tiempo una alegría de fe. O un fallecimiento de un ser querido y esa tristeza es también iluminada desde la fe. Todo va concordando: el sentido del trabajo, de la alegría. Analogía entre lo humano y lo divino es otro de los criterio para interpretar correctamente la Escritura.

Aquí concluye este apartado Espíritu Santo intérprete de la Escritura. Hemos explicado tres criterios: 1. La unidad de toda la Escritura que tiene en Jesucristo resucitado, en su corazón abierto la clave de la interpretación. 2. La lectura de la Escritura en el seno de la Tradición de la Iglesia, no fuera de su Iglesia, no fuera de su vida. 3. La analogía de la fe, la interpretación coherente entre todas las verdades de la fe, y entre fe y vida, y entre vida y fe.